

## INCIDENCIA DE LAS ONGD EN EL NORTE

**Àlex Masllorens. Vicepresidente de Justícia i Pau**

*Ponencia pronunciada en catalán*

En el díptico que se ha editado para estas jornadas, hay una presentación de Maria Comín en que dice textualmente: “la Fundación propone, desde una perspectiva de corresponsabilidad, desarrollar una tarea autocrítica conjunta para llegar a un momento en el que las ONGD y también la cooperación no tengan que ser necesarias”.

Esta idea me ha parecido interesante para desarrollarla como introducción a mi intervención.

En primer lugar, me parece sanísimo que las ONG seamos capaces de realizar una autocrítica profunda de nuestra manera de hacer, tanto en el Sur como en el Norte. Entre otras razones, aunque sólo sea porque hoy buena parte de la sociedad es cada vez más hiper-crítica con las ONG y, por tanto, tendremos que demostrar que estamos a la altura de las circunstancias y que también nosotros sabemos analizar en profundidad porqué y cómo trabajamos y estamos dispuestos a modificar aquello que parezca conveniente.

Pero fijaos bien que la frase del díptico que he citado acaba diciendo que es necesario llegar a un momento en el que las ONG y también la cooperación no tengan que ser necesarias.

Con el diccionario en la mano, compruebo que “necesario” es aquello de lo que no se puede pasar o no se puede prescindir. Es decir, necesario es sinónimo de imprescindible.

Y me pregunto ¿realmente son imprescindibles las ONGD hoy en día? ¿Y es imprescindible la cooperación? Y en caso de que lo fueran, ¿serían más necesarias para el Norte o para el Sur?

Llegados a este punto, no puedo dejar de recordar una idea emblemática, si queréis también un poco tópica, y repetidamente citada de Julius Nyerere, el padre de la independencia de Tanganika y Zanzíbar, que forman la actual Tanzania. Cuando en los primeros años ochenta le preguntó un periodista europeo que a qué creía él que los europeos tenían que dedicar el dinero que destinaban a cooperación, la respuesta fue contundente: informen a los ciudadanos de sus países de lo que ven que pasa aquí y de cómo vive la gente de aquí, y sobre todo déjenlos en paz.

Quien haya viajado por África habrá conocido intelectuales o simplemente gente mínimamente formada que le habrán dicho aproximadamente lo mismo: dejad que África se reencuentre a sí misma, no la empobreczáis más, no vengáis con exigencias de cambios bruscos, y sobre todo no os hagáis ahora los buenos, habiendo dejado la herencia que nos habéis dejado aquí.

A los europeos, tanto si estamos trabajando como si no en el sí de alguna ONG de desarrollo nos hace falta, creo yo, como mínimo una pequeña dosis de mala conciencia. Ya sé que decir esto es ir contra corriente. Pero de la mala conciencia puede nacer, entre otras actitudes, la

humildad. Y en las relaciones del Norte con el Sur me parece que sobra en general una dosis elevada de soberbia. Incluso entre la buena gente de las ONG.

Sé que no es suficiente con mala conciencia, pero insisto en que una cierta dosis de mala conciencia nos podría ayudar a no repetir indefinidamente muchos errores del pasado. Y permitidme que os diga, sabiendo que entre los miembros de ONG justamente la mala conciencia ya está bastante extendida, que puede que una de las principales razones de ser las ONG en el Norte podría ser la de extender ciertas dosis de mala conciencia entre los ciudadanos satisfechos. Pero sobre esta cuestión volveremos más tarde.

Antes, aún creo que es necesario remontarnos a los orígenes de la cooperación. Y aquí, mal que les pese a algunos conversos recientes de la cooperación, habrá que recordar que el origen está estrechamente vinculado a la evangelización y la colonización. Para bien y para mal, la historia es como es por más que nos empeñemos en ignorarla.

En todos los procesos de colonización y consiguiente expolio de las riquezas naturales de los países ocupados había siempre un lugar destacado para los misioneros. Éstos cumplían con convencimiento su papel de colonizadores culturales y religiosos de las minorías que optaban por la supervivencia, ante la disyuntiva de tener que elegir entre la cruz y la espada.

Así pues, los misioneros ayudaban a reorganizar las comunidades indígenas en función de los intereses de la metrópolis.

Sólo algunos iluminados optaron por hacer las cosas de otra forma, viendo a los aborígenes como personas humanas y teniendo en cuenta la organización social previa existente en un territorio determinado. Fueron los primeros autocríticos de la colonización y, en muchos casos, también los primeros mártires de la cooperación.

Si me permitís que haga una interpretación un poco libre, podría ser que experiencias como por ejemplo las reducciones de los jesuitas en el Paraguay hayan sido históricamente las primeras ONG que hayan existido. De hecho, por los escritos y los restos que han quedado de las reducciones, se puede comprobar que había ciertamente una voluntad de organizar las comunidades con justicia, con respecto a su idiosincrasia, naturalmente también con imposición de una religión nueva (en este caso bastante más evangélica de lo que era habitual en la época). E incluso, había en aquellas experiencias un embrión no despreciable de apuesta por alguna cosa bastante parecida a lo que hoy hemos bautizado como “comercio justo”.

Pero ¿cómo acabó aquella historia? Pues que el gobierno del PP de turno pactó con Portugal o con quien hiciera falta, un proyecto de ley de “cooperación internacional para el desarrollo” que decía, en su capítulo I, que “la política española de Cooperación para el desarrollo es parte de la política exterior del Estado” y que entre sus objetivos está “potenciar las relaciones internacionales de España mediante la promoción, apoyo y despliegue de la presencia exterior de la cultura y la economía españolas”.

El proyecto de ley que hay hoy en día sobre la mesa del Congreso de los Diputados no deja claro que el objetivo de la ayuda sea erradicar la pobreza y prevalece en él el apoyo a las empresas y a sus intereses comerciales, muy especialmente con los créditos FAD. Igualmente preocupante es la dispersión de los Fondos de Ayuda Oficial al desarrollo, ya que los ministerios Exteriores y de Economía y Comercio no comparten ni los principios ni los criterios.

No es bueno que la ayuda oficial al desarrollo tenga dos cabezas y menos aún que Comercio controle el doble de presupuesto que Exteriores.

Así, como quien no quiere la cosa, hemos hecho un salto de cuatro siglos y constatamos que para los estados en realidad no ha cambiado tanto la concepción de las relaciones internacionales. Se diga lo que se diga, no son unas relaciones basadas en la justicia ni en la solidaridad. Todo lo contrario: si en algún campo se puede comprobar cómo puede llegar a ser de cínica y de hipócrita la persona humana es en el terreno de las relaciones internacionales.

No hablaré de casos cotidianos y concretos en que las naciones lanzan la piedra y esconden la mano; ni del trato diferente y las consecuencias que tienen las resoluciones de Naciones Unidas; no hablaré tampoco del comercio de armas ni del expolio sistemático de naciones empobrecidas a través de siglos de colonialismo y dependencia. Parémonos a observar la realidad de la Deuda Externa. Un hecho bien actual.

- África tiene contraído el 70% de la deuda con acreedores públicos, no con bancos privados. Aquí pues no sirve el argumento que los estados no pueden perdonar la deuda de los bancos privados. En Asia es el 50% de la deuda lo que está contraído con estados. Y lo mismo pasa en Oriente Próximo y en Europa del Este (también casi el 50%). De manera que, incluso sin entrar a tocar nada del sector privado (que es otra historia) ya podríamos empezar a hablar de condonar hasta el 70% de la deuda de África, y hasta cerca del 50% de Asia, Oriente Medio y Europa del Este.
- También resulta interesante comparar los importes del servicio de la deuda (intereses más amortizaciones) pagados por los países en desarrollo con los de la ayuda oficial al desarrollo recibida por estos mismos países. Sin ir más lejos, en el año 1995, por ejemplo, el servicio de la deuda representaba 257.800 millones de dólares y la ayuda oficial al desarrollo (AOD) 58.900 millones de dólares. Eso significa, ni más ni menos, que la relación entre lo que pagaron los países del Sur por servicio de la deuda y lo que recibieron en OD es de 4,4. O sea, pagaron 4,4 veces más de lo que recibieron en ayuda oficial al desarrollo.
- Esto representa que Nicaragua tiene una deuda que es el 589% de su PIB, o sea casi seis veces más de deuda que de PIB. Mozambique tiene una deuda que es el 443% de su PIB. El Congo 365%, Guinea Bissau 353%, Angola 274%,... y así podríamos continuar todavía un rato.
- Y ya conocemos también cómo las relaciones comerciales y la famosa globalización actúan en la línea de agrandar cada vez más la distancia entre el Norte y el Sur. Cada país ha de asumir el papel que se le asigna en el nuevo escenario internacional. Un escenario donde se habla mucho de democracia formal como la gran receta de este final de siglo para todos, pero donde se imponen contra voluntad y de la forma más dictatorial unos "planes de choque" que no hacen sino empobrecer a los más pobres hasta dejarlos morir de inanición. Y esto, cínicamente, en nombre de un futuro de progreso que no les llega nunca.

Y todo esto ¿qué tiene que ver con la incidencia de las ONGD en el Norte?, que al fin y al cabo es el título de esta intervención de hoy.

Pues bien, a pesar de que previamente ya se haya analizado en el marco de este seminario de qué cooperación hablamos cuando hablamos de cooperación y cuál es el impacto de los proyectos de cooperación de las ONGD en los países del Sur, me parece que para analizar la

incidencia de las ONGD en el Norte era imprescindible saber en qué marco general nos hemos de situar nosotros y en qué marco también nuestro trabajo, tanto en el Norte como en el Sur.

Y, aún antes de entrar estrictamente en la materia, también me parece interesante apuntar hacia dónde creo que se decanta el mundo en su conjunto:

- vamos hacia un mundo en el que las diferencias entre el Norte y el Sur se agudizan y se agudizarán todavía más.
- pero también, paralelamente, vivimos y viviremos aún más una época de tensiones dentro de los países más ricos, con una renuncia al bienestar y a la redistribución más equitativa de la riqueza. Desmantelamiento que es clarísimamente ideológico, es decir, fruto de una opción y no de una necesidad como se quiere hacer creer. Habría lugar para una sociedad más igualitaria donde hubiera una mayor igualdad de oportunidades. Nunca en la historia habíamos estado tan cerca de hacerlo posible. Y se dan las condiciones económicas, tecnológicas, científicas. Pero el capital no quiere otra cosa que ganar más dinero cada día, aunque sea a costa de dejar a personas en la calle, sin trabajo e incluso excluidas de la sociedad.
- aumenta así el poder del capital a nivel planetario y en el interior de cada país. Los gobiernos se declaran incapaces de controlar este capital, cuando no desisten de hacerlo directamente por convencimiento ideológico. Y además estamos hablando de capitales cada vez más anónimos y más difícilmente identificables (Fondos de Inversión, de pensiones, transnacionales,...)
- aumenta la percepción en el Primer Mundo de los peligros que representa la inmigración extranjera, y sobre todo a inmigración “diferente”. Los mensajes que nos están llegando sobre el peligro del Islam son, en este sentido, bastante paradigmáticos. Y así llegamos a la necesidad de justificar un cierto concepto de cooperación, “para que no vengan más magrebíes”, es decir, para defendernos de los más pobres, sin entrar en otras consideraciones éticas ni morales.
- mientras la sociedad de la comunicación se desarrolla a una velocidad extraordinaria, aumenta la concentración mediática. Unos cuantos grupos controlan el pensamiento y, no en vano, son grupos que tienen otros tipos de intereses económicos y políticos. Tal vez en este capítulo podemos soñar aún con una posible democratización de determinados tipos de comunicación paralela, como Internet y similares. Pero está por ver la incidencia final de estos sistemas de comunicación y, sobre todo, el peso específico real que pueden llegar a tener al lado de las televisiones digitales, por satélite o a la carta y el cine de las superproducciones.
- está por ver también hasta dónde podrá llegar el consumo desaforado y tantas veces justificado, que nunca tiene suficiente. Aquí se tendrá que observar igualmente qué incidencia real llegarán a tener entre los consumidores algunos postulados serios que ya existen en capas más sensibilizadas de la población del Norte, por lo que se refiere a cuestiones como el respeto al medio ambiente, como el comercio justo, como el desarrollo sostenible, como la recuperación de residuos y la reutilización de productos, el reciclaje... Hoy por hoy, estos fenómenos no pasan de ser una “moda” bienintencionada entre algunos elementos de vanguardia.

- también habrá que ver si las principales potencias del planeta (EE.UU., Europa, Japón, China,...) consiguen arbitrar un sistema de relaciones internacionales más justo y más democrático, que se tradujera en un organismo de control político y militar igual para todos. De momento no parece que ni siquiera estén por la labor.
- y finalmente, se me ocurre que otro elemento a tener en cuenta será la pérdida de influencia de las religiones frente a la ciencia y la tecnología. Esta pérdida ya ha empezado a hacerse patente en el alejamiento de las jerarquías religiosas y las bases, también en la defensa encarnizada que las religiones oficiales están haciendo de los dogmas, y el retorno a los puritanismos y a las lecturas literales de los textos. Algunas minorías tal vez se sientan más seguras así, pero la gran mayoría lo que ha hecho ha sido dejar de creer, optar por corrientes orientalistas o más individualistas, tender hacia sincretismos que no dejan de ser curiosos y, en definitiva, alejarse de las religiones tradicionales.

Incluso en lo que se refiere al terreno de las ONG, esta situación se traduce en curiosas renuncias estratégicas no sólo a la confesionalidad original, sino incluso a cualquier recuerdo de los orígenes fundacionales de estas entidades.

Todo este panorama enmarca en mi opinión la realidad actual de las organizaciones no gubernamentales y las condiciona. Hay una especie de mito sobre la sociedad civil en nuestros días, que en el fondo tal vez no sea otra cosa que una negativa de mucha gente a tirar del todo la toalla. Como si no nos quisiéramos creer que tanta lucha y tanto sacrificio de tanta gente en tantos campos no hubiera servido de nada. Después de tanta lucha, la sociedad vive atomizada, las personas bastante aisladas, los trabajadores tienen pánico (hay fábricas que vuelven a hacer dos turnos en lugar de tres), los parados no digamos. Algunos esperarían que de la sociedad civil naciera el Mesías que salvará al mundo, esperarían que las ONG fueran el embrión de la transformación global futura del mundo, pero las ONG, como ha expresado recientemente Paco Fernández Buey, son en el mejor de los casos el exponente de una determinada ética de la resistencia.

Las ONG, lejos de ser quien resuelva los problemas y carencias de la democracia, como se ha llegado a decir, pueden ser en todo caso, y creo que a menudo lo son, un referente ético para el conjunto de la sociedad. En muchos aspectos. Y la responsabilidad que tienen en este sentido es enorme.

Ya se han dado cuenta algunos medios de comunicación y algunos sectores económicos e intelectuales que curiosamente sólo han empezado a hablar de ONG cuando han podido destapar algunos supuestos escándalos. Antes no hablaban.

Y creo también que se ha dado cuenta el sector no lucrativo, porque ha iniciado un proceso de reflexión interna y de autorregulación muy necesario.

No todo el mundo lo ve de igual modo, lógicamente. También dentro del sector de las entidades no lucrativas y de las ONG hay diversos grados de autoexigencia en materia de transparencia, de participación democrática, de independencia religiosa o político-partidista o de coherencia ética. Al fin y al cabo la historia de las ONG en nuestra casa es suficientemente reciente y al mismo tiempo suficientemente variada como para que los intereses y las formas de actuar sean también variadas.

Todos sabemos, y no es ninguna novedad, que las ONG mueven en el conjunto del planeta sólo una pequeña parte del dinero que se destina a cooperación. Y si además tenemos en cuenta la mucha mayor incidencia sobre las desigualdades que tienen las decisiones económicas de los grandes organismos multinacionales, o de las empresas transnacionales, o cada vez más de la especulación y el libre movimiento de capitales, etc., etc., tendremos que confesar con humildad que objetivamente en el terreno de los grandes desequilibrios estructurales de este mundo podremos intervenir bien poco, con poca garantía de éxito.

Nuestro papel, por tanto, se ha de situar en otro nivel. Y que conste que no desprecio en absoluto la incidencia real que cada proyecto en particular, por pequeño que sea, y la suma de todos los proyectos juntos puedan tener. Creo que puedo decir sin falta de modestia que como periodista he intentado durante algunos años de ejercicio poner de manifiesto la bondad de estos proyectos concretos y la incidencia que tienen en la vida cotidiana de muchas personas del Sur.

Pero eso no es motivo para ignorar la limitación de todo lo que estamos haciendo. Somos ciertamente una pulga que se enfrenta a un elefante. Hasta ahora hemos tenido bastante éxito, porque continuamos existiendo y tendemos a ir creciendo, pero la diferencia de peso y de volumen entre uno y la otra es aún tan inmensa que el camino a recorrer es grande. Además el elefante es más fuerte y más sabio cada día que pasa y también tiene más medios y es más perverso.

Pero el elefante es también cada vez más insaciable y este punto débil le puede hacer más expugnable. En este sentido, el descontento de una buena parte de la población y su convencimiento de que es necesario transformar las estructuras es una buena noticia para el sector no lucrativo.

La autorregulación del sector y el reciente proceso de discusión y aprobación de un código ético y de conducta dentro de la Federación Catalana de ONG y de la Coordinadora española creo que es un buen camino no sólo para la incidencia del trabajo en el Sur sino también, y eso es igualmente importante, para la actuación en el Norte.

Si no vamos cambiando las cosas aquí difícilmente cambiaremos el estado del mundo y las relaciones internacionales.

Y para este trabajo todos podemos ser útiles. A veces se ha querido identificar la cultura de la solidaridad con la izquierda y tal vez históricamente eso haya tenido una razón de ser. Hoy me permito ponerlo en duda, de la misma manera que no comparto la contraposición que se ha querido hacer en los últimos años entre solidaridad y caridad

Lo hemos discutido a menudo con compañeros y compañeras procedentes de sectores laicos y con cultura de izquierda. Yo creo, sinceramente, que no podemos ser simplistas. Hay una buena parte de antiguos militantes de izquierda que no entienden aún el sentido de la cooperación y los hay también que todavía contraponen la cooperación en el Tercer Mundo al combate contra la pobreza del llamado Cuarto Mundo. Hay activistas de ONG que se niegan aún a admitir que la pobreza a nivel planetario y la del Cuarto Mundo estén íntimamente relacionadas y se deban a una misma injusticia.

De hecho, el mismo código ético de la Federación Catalana señala que “uno de los principales objetivos de las ONG ha de ser contribuir a reforzar y hacer más visible un movimiento mundial

de crítica y oposición a un sistema de relaciones internacionales que produce inequidad y desigualdades sociales y económicas crecientes entre centro y periferia, entre riqueza de recursos y pobreza de derechos". Estas desigualdades crecientes se dan exactamente igual entre nosotros. Sin ir más lejos, el nivel relativo de pobreza ha aumentado en Cataluña en los últimos doce años alrededor de un uno y medio por ciento.

También es frecuente encontrar quien, tal vez por una falta de información, continua abominando de la caridad (por razones históricas quizá bien comprensibles), pero ignorando que etimológicamente el concepto de solidaridad tal vez es más superficial, porque es una **actitud** que nos hace poner interés y esfuerzo en un asunto que, en principio, es de otro. Mientras que la **Cáritas**, además de estar identificada con el amor, resulta a menudo mucho más fundamental y radical para quien la practica porque le compromete como persona humana en una causa común de toda la humanidad.

Con esto no pretendo legitimar nada ni a nadie, solamente mostrar como a veces nos perdemos en los conceptos y no vamos al fondo. De tanto hablar de solidaridad, nos podría pasar que nos olvidáramos de practicarla, como tantas veces ha pasado a lo largo de la historia con la propia caridad original. También hoy algunas ONG supuestamente muy solidarias están reduciendo aparentemente su mensaje en el exterior a una pura acción de pasar la bandeja y de ir traspasando limosna de los particulares o de los estados de mano en mano y de bandeja en bandeja hasta el beneficiario final.

No creo que eso pueda ser percibido por nadie como una caridad laica moderna ejemplar.

Son importantes los conceptos pero a menudo lo son mucho más los gestos. Cómo publicitamos nuestras acciones, a quién hacemos llegar los mensajes y con qué medios, son hoy en día, en mi opinión, un elemento capital.

¿Cómo nos podemos creer referentes éticos ofreciendo una imagen de competitividad más que de cooperación entre ONG? ¿Y cómo si nos mostramos dispuestos a engañar hasta el extremo de afirmar, por ejemplo, que con setenta pesetas al día se pueden salvar miles de vidas? ¿Y cómo podemos afirmar que hemos apostado por un nuevo orden económico y unas relaciones más justas y fraternales si la imagen que llega de algunos de nosotros es de exceso de medios en todo aquello que hacemos?

Si es cierto aquello de que "el medio es el mensaje" tendríamos que aprender a medir mejor algunos medios, sin que eso tenga que parecer ni mucho menos una apuesta por un retorno a simples testimonialismos ni a proyectos minimales.

Pero al lado de la profesionalidad de las acciones y del trabajo bien hecho, con sentido estratégico y de transformación estructural, ha de haber lugar, y un lugar preponderante, para el carácter voluntario y motivacional de los recursos básicos de las ONG. Y no sólo para que así se reduzcan los costes y aumente la eficacia, sino sobre todo por el valor añadido que el combate gratuito de las personas aporta a cada asociación y al conjunto de una sociedad.

El voluntariado no es sólo un medio. En estos momentos creo que puede llegar a ser también un fin en sí mismo, por lo que puede llegar a tener de transformador en el interior de cada persona. Sin perder nunca de vista que la acción voluntaria se justifica finalmente en función de una necesidad objetiva que ha de ir más allá del deseo o las ganas o la necesidad del propio voluntario.

Cambiar a las personas, ayudarlas a ir transformando las estructuras, empezando por lo que hay de defecto estructural de origen en cada uno de nosotros. Eso sí que puede ser una buena manera de incidir en los ciudadanos y ciudadanas del Norte por parte de las asociaciones.

Hemos tenido experiencias interesantísimas con resultados muy positivos con campañas internacionales o nacionales, ya sea para eliminar las minas antipersonales, para acercarse un poco más al 0,7% (o al menos para que muchas personas lo descubran y estén de acuerdo), también en campos como la interculturalidad.

Ahora mismo tendremos ocasión de incidir en la opinión pública de nuestro país con otra campaña, durante un par de años, para la condonación de la Deuda Externa, a la que ya me he referido antes con detalle. Podremos explicar, por ejemplo, que sólo los bancos privados españoles que operan con toda libertad en Latinoamérica doblan con sus ganancias todo el dinero que España gasta cada año en Ayuda Oficial al Desarrollo. Y eso sólo en Latinoamérica.

Ahora tendremos pues un par de años (con motivo del Jubileo del 2000) para ayudar a los españoles a tomar conciencia, como se hace en toda Europa, de lo que representa para el Sur pagar día tras día el servicio de la Deuda.

Y ya para acabar, permitidme que haga hincapié en dos campos de actuación para las ONG en el Norte, y más concretamente en nuestro país, en los próximos tiempos. Unas actuaciones que me parecen fundamentales para ir profundizando en la posible incidencia del trabajo de las ONG en el Norte.

Algunos de estos campos ya no son demasiado novedosos ni originales. Por ejemplo el primero, el comercio justo.

Creo que es básico y que hay que desarrollarlo mucho, por todo lo que tiene de formativo para unos consumidores, nosotros mismos, que hemos de encontrar de una manera u otra un sentido al consumo que vaya más allá que el mismo consumo. Ya sabéis que en los Estados Unidos hay una frase registrada que dice "compro luego existo" e, incluso hace un par de Navidades, Vinçon pagó royalties para inscribirla en las bolsas de envolver. Es cierto, hoy quien no puede comprar no es nadie y probablemente las campañas anticonsumo están condenadas al fracaso. Pero hay otra manera de consumir que, si realmente queremos ser consecuentes, comporta otra manera de vivir, al menos para algunas minorías, que pueden ir abriendo camino. En el Norte y en el Sur.

Hoy en día el comercio justo factura cerca de 50.000 millones de pesetas en todo el mundo. Ochocientas organizaciones trabajan con este sistema en países en vías de desarrollo y se calcula que cerca de un millón de familias (seis millones de personas) se benefician. En el Estado español hay en este momento 44 puntos de venta, trabajan 60 asalariados y colaboran unos 1.500 voluntarios y voluntarias, de las 21 ONG implicadas en el sector.

Comparado con el resto de Europa, hay mucho camino que recorrer. Y los productos de comercio justo aún se abaratarán bastante en los próximos años. Esta vía, aún siendo minoritaria, no deja de ser un exponente de aquello que las ONG pueden hacer en el mundo para ayudar a cambiar las mentalidades.



Y, en esta línea y consecuentemente con aquello que he dicho también antes, propongo empezar a abrir algunas tiendas en las que se potencie tanto el comercio justo con el Sur como con cooperativas y asociaciones que aquí, en nuestro país, trabajan con marginados.

Otro campo concreto donde podemos iniciar un trabajo significativo: el de las iniciativas de ahorro y de inversión éticas. También en este terreno, muchos países del Norte e incluso algunos pueblos o regiones del Sur nos han tomado la delantera. Pero nunca es tarde para una buena idea.

Una ONG de Barcelona ha promovido el aterrizaje de un fondo de inversión ético, sucursal de una iniciativa europea. Y también en este terreno algunas personas estamos intentando ir más allá, entroncando con la idea no sólo de los fondos de inversión éticos, sino también de los fondos verdes e incluso de una caja de ahorros o banco que, con toda la modestia que sea necesaria, pueda salir al mercado ofreciendo buena parte de los servicios que ofrecen los bancos y las cajas.

Naturalmente garantizando no especular a la hora de invertir, sino crear riqueza, no jugar con determinados productos, tener en cuenta las repercusiones medioambientales, no entrar en industrias que empobrezcan el Sur o que actúen con determinados esquemas de tipo laboral. Ciertamente es un reto y probablemente no lo conseguiremos. Pero hay bancos de este tipo en Suiza, Francia, Alemania, Holanda, etc., que llevan cerca de veinte años en funcionamiento. Y aquí también hay personas y entidades dispuestas a considerar la posibilidad de invertir los ahorros.

También en este terreno, me parece que valdría la pena vincular los proyectos que trabajan en Tercer y Cuarto Mundo, dando apoyo a iniciativas laborales alternativas tanto de aquí como del Sur, siempre que reúnan unos requisitos mínimos.

En definitiva, pienso que las formas tienen mucha importancia en el terreno de la educación. Siempre se ha dicho que la mejor manera de educar a los niños no es con sermones sino con el ejemplo. Este mismo criterio me parece importante cuando de lo que se trata es de incidir positivamente en los códigos éticos y de comportamiento de la sociedad en su conjunto.

No podemos predicar con discursitos bienintencionados y actuar de otra manera. Hemos de cooperar en el sentido más amplio de la palabra. Cooperar con los excluidos del Sur, evidentemente, respetándolos y haciéndolos crecer, pero haciendo crecer paralelamente a la gente de nuestro entorno.

Y esto quiere decir respetar un código ético, cooperar entre entidades, respetar los diversos tamaños, las diversas maneras de hacer y de actuar, los diferentes ritmos, los diversos niveles de compromiso,... y también saber hacer gala de independencia intelectual, ideológica, política, económica.

Sabiendo que aquello que realmente podemos hacer para cambiar el mundo, en términos cuantitativos, es objetivamente tan pequeño, nos hace falta el coraje de saber plantear las grandes opciones en términos cualitativos. En este aspecto creo, sinceramente, que lo que podemos ofrecer es mucho. Y se trata de que no desfallezcamos, que no facilitemos argumentos al adversario.

